

El Paraíso: La ciencia interior del origen y del destino

La Isla eterna del centro divino y
el camino del retorno de las almas



Ángel Francisco Sánchez Escobar

El Paraíso: La ciencia interior del origen y del destino

**La Isla eterna del centro divino y
el camino del retorno de las almas**

La inteligencia silenciosa del Todo
Tomo 5



Ángel Francisco Sánchez Escobar

© Ángel Francisco Sánchez Escobar, 2025

Revisión, maquetación y diseño de interior:

Beatrice - Servicios Editoriales

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, excepto citas en revistas, diarios, libros o redes sociales, siempre que se mencione la procedencia de las mismas.

ÍNDICE



Prólogo.....	9
I. La Isla eterna del Paraíso: El corazón inmóvil de Dios	11
II. Las tres dimensiones del Paraíso: Fuente, morada y puente	23
III. El Paraíso y la gravedad universal: El abrazo que mantiene unido el cosmos	33
IV. El Paraíso como modelo eterno de la creación: La forma divina en todas las cosas	41
V. El Paraíso como destino del alma: el viaje ascendente hacia el centro divino	49
VI. Vivir desde el centro paradisíaco inmóvil del alma	57
Epílogo	65

*«El Paraíso es la fuente y el modelo de
toda materia, la morada de la Deidad y el
destino final de las criaturas ascendentes
del tiempo.»*

Escrito 11, La Isla eterna del Paraíso

PRÓLOGO



En los grandes silencios del universo hay un punto que nunca se mueve. Un centro tan estable que sostiene todas las cosas, tan perfecto que inspira toda belleza, tan real que ningún pensamiento humano podría concebirlo plenamente: el Paraíso. *Los Escritos de Urantia* lo describen como la Isla eterna del Padre, el centro absoluto de gravedad, energía, mente y espíritu. De él brota la fuerza que organiza los universos, la luz que inspira las mentes y el amor que impulsa a las almas a volver a su origen.

Este volumen, quinto en la serie *La inteligencia silenciosa del Todo*, se consagra al estudio y la contemplación del Paraíso. Aquí la cosmología se vuelve oración, la energía se

transforma en presencia y la ciencia se revela como un lenguaje del amor divino. Cada capítulo intenta acercar el misterio cósmico a la experiencia interior: mostrar que el mismo orden que rige las galaxias palpita también en el alma, y que el viaje de las estrellas hacia el centro no es distinto del regreso del alma a Dios.

I. LA ISLA ETERNA DEL PARAÍSO: EL CORAZÓN INMÓVIL DE DIOS



Imagina el universo entero como un gran océano de mundos que giran, flotan y resplandecen. Las galaxias se mueven como remolinos de luz, los soles arden, los planetas danzan en órbitas silenciosas. Y en el centro de ese vasto movimiento, como el corazón que nunca late pero sostiene toda vida, se encuentra el Paraíso.

El Paraíso no es un cielo simbólico ni una morada etérea de almas desencarnadas. Es una realidad viva, una Isla eterna y perfecta, inmóvil desde la eternidad, situada en el corazón del universo de los universos. De él emana toda la energía física, en él residen la Deidad y la perfección espiritual, y hacia él ascienden finalmente todas las almas que

buscan el rostro del Padre Universal.

1. EL CENTRO INMÓVIL DE LA CREACIÓN

Todo lo que existe —la materia, la energía, la mente y el espíritu— gira en torno al Paraíso. No se mueve, y precisamente por eso todo puede moverse en armonía a su alrededor. Es el punto fijo absoluto que da equilibrio a los universos, el eje alrededor del cual la creación entera encuentra su orden.

Nada surge fuera de su influencia: cada átomo, cada rayo de luz, cada corriente de energía responde a la atracción del Paraíso. Su gravedad universal es el lazo invisible que mantiene unidas todas las cosas y las llama de nuevo hacia su fuente. *Los Escritos de Urantia* describen esta gravedad como eterna, absoluta e invariable. No depende del tiempo ni del espacio; es el abrazo constante de la Deidad

física sobre su creación.

Así, cuando una piedra cae en la tierra o cuando una galaxia orbita en el espacio profundo, ambas responden, en última instancia, al mismo centro divino.

2. EL PARAÍSO COMO MODELO DEL UNIVERSO

El Paraíso no solo es el centro físico, también es el modelo eterno. Toda la estructura del cosmos—desde los sistemas solares hasta los universos exteriores— sigue el patrón paradisíaco. La Isla actúa como un molde perfecto: la forma arquetípica que da proporción, equilibrio y belleza a todo lo que será materia organizada.

Podemos imaginarlo así: antes de que el escultor toque la piedra, ya ve en su mente la figura perfecta. El Paraíso es esa figura ideal en la mente del Creador, la forma suprema que inspira toda creación. Por eso los *Escritos*

afirman: «No existe energía en el espacio que no derive, en último término, del Paraíso.»

Porque toda fuerza, visible o invisible, tiene su raíz en el modelo eterno del centro divino.

3. EL PARAÍSO Y LA DEIDAD

El Paraíso no es Dios, pero Dios mora en él. Es el hogar del Padre Universal, el trono del Hijo Eterno y el centro operativo del Espíritu Infinito. En su nivel **superior**, el Paraíso es la morada espiritual de la Trinidad, donde toda voluntad divina se unifica.

El Paraíso superior es el ámbito de actividad de los seres espirituales y el lugar de residencia de la Deidad.»
(11:3.1)

«Los tres seres personales eternos de la Deidad son, y obran, como una sola Trinidad en el Paraíso.» (10:4.3)

«El Padre, el Hijo y el Espíritu son

tres seres personales distintos, pero actúan como una sola Deidad en los asuntos del universo.» (10:3.1)

En su nivel **inferior**, es la fuente de las energías físicas que alimentan a los universos, el centro de control y origen de la fuerza cósmica, la sede de la gravedad material absoluta (11:5.1–2).

«En cuanto al Paraíso inferior, sabemos tan solo lo que se ha revelado; los seres personales no habitan allí. No tiene nada que ver con los asuntos de las inteligencias espirituales, ni tampoco obra allí el Absoluto de la Deidad. Se nos informa de que todas las vías circulatorias de la energía física y de la fuerza cósmica tienen su origen en el Paraíso inferior... El centro y el punto de actividad de la gravedad material absoluta es la

Isla del Paraíso, complementada por los cuerpos oscuros de gravedad que circundan Havona y equilibrada por los reservorios del espacio inferior y superior.»

Y en su nivel **periférico**, contacta con el universo central de Havona, el círculo perfecto de mundos espirituales que rodean el Centro divino:

«El Paraíso periférico es vasto y en gran parte ocupado, aunque ciertas áreas están reservadas para propósitos desconocidos. En su extremo exterior se extiende la zona de contacto con el universo central de Havona.» (11:7.1).

Entre ambos, Paraíso y Havona, hay una relación de contigüidad estructural: el Paraíso periférico es el borde interior del universo

central.

El Paraíso integra todos los niveles de la realidad: lo espiritual, lo mental y lo material. Lo mental no constituye un nivel del Paraíso, sino la labor del Espíritu Infinito —fuente de la mente cósmica—, quien une el espíritu que desciende desde la cima con la energía que se irradia desde la base, manteniendo el equilibrio entre pensamiento, propósito y poder (9:4.2–4; 42:12.12).

Esto es, desde su cima o parte superior desciende la vida, y desde su base o parte inferior se expande la energía. En su perfección inmóvil se unen el origen y el destino. En la cosmología urantiana, el Paraíso superior o cima es el ámbito espiritual de la Deidad y la fuente de la vida, porque desde la Trinidad se origina toda voluntad y propósito divinos. El Paraíso inferior, en cambio, es el centro

absoluto de la gravedad y el punto de partida de la energía física, de donde proceden las fuerzas que estructuran los universos materiales (11:5). La mente —emanada del Espíritu Infinito— actúa como principio de coordinación entre ambos, vinculando el espíritu que desciende desde la cima con la energía que se irradia desde la base (9:4; 42:12).

CONCLUSIÓN

Así pues, podemos afirmar que:

- el Paraíso superior es la morada espiritual de la Deidad (11:3.1);
- el Paraíso inferior es la fuente de energía física y sede de la gravedad (11:5.1–2; 11:8.2);
- el Paraíso periférico contacta con Havona (11:7.1);
- la Trinidad reside y actúa allí (10:4.3); y que
- la mente cósmica coordina espíritu y energía (9:4; 42:12)

Puede decirse que: el Paraíso es una sola Isla con tres zonas distintas: superior, periférica e inferior. De su cima descienden las realidades espirituales, de su base brotan las energías materiales y su periferia une ambos mundos en una sola armonía.

4. EL PARAÍSO COMO DESTINO DE LAS ALMAS

Aunque el Paraíso es el punto de partida de la creación física, es también la meta final del viaje espiritual. Todas las criaturas ascendentes —seres humanos incluidos— viajan a través de los mundos de morontia, los universos locales y los suprauniversos, hasta llegar al universo central de Havona. Desde allí, los peregrinos perfeccionados continúan hacia el Paraíso, donde conocen al Padre cara a cara.

En la Morada eterna, el alma alcanza su plenitud: el fin de la búsqueda, el descanso

después del ascenso, la unión consciente con la Fuente de todo ser. El Paraíso es, por tanto, el principio y el fin de la aventura cósmica: de él partimos como energía, hacia él regresamos como espíritu.

5. UNA IMAGEN PARA VISUALIZARLO

Piensa en un sol que no brilla con fuego, sino con equilibrio absoluto. No se mueve ni gira, pero de él brota una corriente incesante que llena de vida el espacio. Los mundos, como partículas de luz, danzan a su alrededor. Nada escapa a su influencia, y todo lo que existe busca su centro. Ese es el Paraíso: el centro inmóvil del Ser, de donde emana toda fuerza, y hacia donde regresan, al final de los tiempos, las almas que aprendieron a vivir en armonía con el amor y la verdad.

REFLEXIÓN

El universo exterior tiene su centro en el Paraíso; nuestro universo interior también. Cada ser humano lleva en su mente y en su alma un punto de quietud, una presencia que no se mueve pero lo sostiene todo: el modelador del pensamiento, la chispa del mismo Padre que mora en la Isla eterna. Cuando nos silenciamos y entramos en ese centro interior, participamos del equilibrio paradisiaco. Allí, en lo más profundo, Dios está quieto y todo reposa en Él..

II. LAS TRES DIMENSIONES DEL PARAÍSO: FUENTE, MORADA Y PUENTE



El Paraíso no es un lugar uniforme ni una idea abstracta: es una realidad viva con tres niveles perfectamente integrados, cada uno con una función específica dentro del universo de los universos. Estos niveles no están separados por barreras ni por distancias, sino que representan tres modos de expresión del mismo centro divino: uno espiritual, donde mora la Deidad; otro físico, donde se originan las energías; y un nivel intermedio o periférico, que conecta ambos y los coordina en perfecta unidad.

Comprender estas tres dimensiones del Paraíso es como aprender a escuchar los tres tonos de una sola melodía cósmica: el tono divino del Espíritu, el tono vibrante de la

Energía, y el tono armonizador de la Mente que los mantiene en sintonía.

1. EL PARAÍSO SUPERIOR — LA MORADA DE LA DEIDAD

En el Paraíso Superior se hallan las presencias personales de la Deidad: el Padre Universal, el Hijo Eterno y el Espíritu Infinito, unidos en la Trinidad del Paraíso. Allí se encuentra el centro espiritual absoluto de toda la creación, la fuente de la vida, la luz y el amor. Este nivel es puramente espiritual: ninguna energía material ni vibración física lo afectan, y solo los seres perfeccionados pueden acceder a él. Es el hogar de las Deidades y de los seres estacionarios del Paraíso, quienes viven en perfecta armonía con la voluntad divina.

Para los peregrinos ascendentes — las almas que viajan desde los mundos del tiempo— el Paraíso Superior es la meta final.

Después de atravesar los mundos de morontia, los universos locales, los suprauniversos y el universo central de Havona, los hijos del tiempo llegan finalmente aquí, donde contemplan al Padre cara a cara. Allí termina la búsqueda del alma: no como fin, sino como comienzo eterno de servicio y adoración. El alma ascendente se convierte en un ciudadano del Paraíso, partícipe de la misma paz y perfección que sostuvo su largo viaje.

REFLEXIÓN

Cuando elevas tu pensamiento en silencio y buscas al Dios interior, estás ensayando — en miniatura— el ascenso hacia el Paraíso Superior. Cada acto de adoración auténtica es un pequeño viaje hacia ese nivel divino donde la voluntad humana y la voluntad del Padre se vuelven una sola cosa.

2. EL PARAÍSO PERIFÉRICO — EL GRAN PUENTE ENTRE EL ESPÍRITU Y LA MATERIA

Rodeando la Isla central, el Paraíso Periférico se extiende como una franja viva que conecta el mundo espiritual superior con las realidades materiales e intelectuales de la creación. En este nivel se encuentran los centros de energía y las zonas de enlace con el universo central de Havona, el anillo de mil millones de mundos perfectos que giran en torno al Paraíso.

El Paraíso Periférico es el punto de encuentro entre espíritu, mente y energía. Allí, los altos seres espirituales que sirven a la Trinidad trabajan junto a los directores de potencia y los controladores físicos mayores. Todo lo que asciende desde los universos exteriores pasa por este nivel antes de entrar al centro, y todo lo que desciende desde el Paraíso hacia los universos temporales se canaliza

también por aquí.

Es el gran corredor de la creación, donde las corrientes espirituales se traducen en impulsos de energía, y donde los mandatos divinos se convierten en leyes de los universos.

REFLEXIÓN

El Paraíso Periférico puede recordarte la frontera de tu propia alma: ese lugar interior donde el espíritu divino se encuentra con tu mente humana. Allí, en ese punto de contacto, se traduce lo eterno en lo cotidiano; allí, los impulsos del modelador se transforman en decisiones, y las intuiciones del amor en actos reales. Así como el Paraíso Periférico une mundos, tú también eres un puente entre lo espiritual y lo material.

3. EL PARAÍSO INFERIOR — LA FUENTE DE LA ENERGÍA FÍSICA

El Paraíso Inferior, orientado hacia los espacios exteriores, es el punto de origen de la energía física de todo el universo de los universos. Desde esta zona fluyen las potencias que los organizadores mayores de la fuerza activan, transforman y distribuyen en los niveles inferiores de la creación.

En este nivel no hay deidad personal, pero sí una manifestación impersonal de la presencia de la potencia. Es el lugar donde la energía se despierta y comienza su larga transformación: de potencia inactiva a fuerza primaria, de fuerza a energía organizada, de energía a materia. Aquí nacen las corrientes cósmicas que recorrerán los universos, las mismas que darán lugar a las galaxias, las estrellas y, finalmente, a los mundos habitados.

Por eso, aunque el Paraíso Inferior parezca el más «físico», es también profundamente sagrado: es el taller silencioso de la creación material, el punto donde la Deidad toca el espacio y lo llena de vida.

REFLEXIÓN

De igual manera que el Paraíso Inferior es la fuente de toda energía cósmica, también en ti hay una «base energética» —una vitalidad espiritual— que sostiene tu existencia. Cuando vives con amor, con propósito y en armonía, esa energía se organiza, fluye y crea. Tu vida entera es un reflejo diminuto de ese mismo proceso que, en el cosmos, comienza en el Paraíso Inferior.

4. UNIDAD DE LOS TRES NIVELES

Aunque el Paraíso tiene tres divisiones, no son lugares separados sino aspectos de una misma

realidad total. El Superior representa el Espíritu y la Voluntad divina. El Periférico encarna la Mente y la Coordinación universal. El Inferior simboliza la Energía y la Sustentación física. Los tres juntos expresan la Unidad del Todo: Dios como Fuente, Puente y Sostén. De la misma forma que en una persona viva la mente une el alma con el cuerpo, en el Paraíso el nivel periférico une el mundo espiritual de la Deidad con la energía material de los universos.

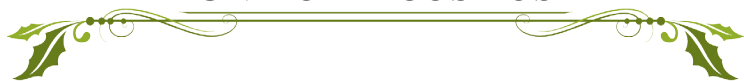
REFLEXIÓN

El Paraíso entero es un templo cósmico de equilibrio. Nada en él se mueve, y sin embargo todo movimiento depende de él. Es el punto de origen de la energía, la morada de la Deidad, y el puente que mantiene unido el cosmos.

Contemplar estas tres dimensiones del Paraíso es como mirar dentro del propio

corazón del universo: ver cómo la quietud sostiene el movimiento, cómo la perfección inspira la creación, y cómo lo divino desciende sin perder su pureza para levantar lo finito hacia la eternidad.

III. EL PARAÍSO Y LA GRAVEDAD UNIVERSAL: EL ABRAZO QUE MANTIENE UNIDO EL COSMOS



En el vasto escenario del universo, todo se mueve: las galaxias giran, los soles orbitan, los planetas avanzan y los átomos vibran. Pero detrás de ese movimiento constante hay una fuerza silenciosa y eterna que lo mantiene todo unido: la gravedad del Paraíso.

Los Escritos de Urantia nos enseñan que la gravedad no es solo una ley física: es la manifestación estable del orden divino en el universo material. Su origen no está en ninguna estrella, sino en el Paraíso, el centro inmóvil de toda realidad. Desde allí, una presencia invisible lo abarca todo: desde las galaxias gigantes hasta las partículas más pequeñas.

1. QUÉ ES LA GRAVEDAD DEL PARAÍSO

La gravedad del Paraíso es el poder que hace que todas las cosas materiales se mantengan unidas. Es absoluta, universal e inmutable. No depende del tiempo ni del espacio; no varía con la distancia; no disminuye ni se debilita. Podemos imaginarla como un campo de atracción infinito que emana del centro divino y llega hasta los confines más remotos del universo de los universos.

Todo lo que tiene masa, toda energía organizada, responde a esa atracción. Así como una piedra cae hacia el suelo por la gravedad de la tierra, toda la materia, desde los electrones hasta las galaxias, «cae» hacia el Paraíso en el sentido cósmico: tiende a su equilibrio, a su centro, a su fuente.

2. EL PODER QUE NO CAMBIA

La gravedad del Paraíso nunca fluctúa, nunca se interrumpe, nunca se debilita. Mientras los universos giran, nacen y se transforman, la Isla del Paraíso permanece perfectamente inmóvil, y desde su quietud sostiene todos los movimientos.

Es el **único punto de estabilidad absoluta en toda la creación**. Por eso los *Escritos* la describen como «el ancla del universo de los universos». Esa estabilidad no es fría ni impersonal; es la expresión del amor perfecto que mantiene unido el cosmos. Lo que la gravedad hace con la materia, el amor divino lo hace con las almas: las atrae sin cesar hacia su centro, hacia la Fuente de donde proceden.

3. LAS TRES GRAVEDADES DEL UNIVERSO

Los Escritos de Urantia distinguen tres tipos de gravedad, cada una reflejando un aspecto de la Deidad:

1) La gravedad física del Paraíso. Ejerce su acción sobre toda energía y materia. Es la gravedad central y absoluta, originada en la Isla eterna. Todo lo material responde a este; ninguna partícula puede escapar de su alcance.

2) La gravedad espiritual del Hijo Eterno. Atrae hacia el Paraíso a todas las realidades espirituales y a todas las almas. Tal como el Paraíso físico sostiene la materia, el Hijo Eterno sostiene y reúne a los espíritus en la unidad del amor divino. Esta es la fuerza que impulsa a cada ser moral a buscar a Dios, la corriente invisible que mueve el corazón hacia la verdad y la adoración.

3) La gravedad mental del Espíritu

Infinito. Actúa entre los dos extremos anteriores. Atrae, coordina y equilibra todas las formas de mente, conectando la conciencia de las criaturas con los propósitos de la Deidad. Es la fuerza que mantiene coherente la mente universal, evitando que la razón se separe del espíritu o que la energía se vuelva ciega.

Estas tres gravedades —física, espiritual y mental— son como tres emanaciones del mismo abrazo divino, expresiones del único amor y del único orden de Dios.

4. LA GRAVEDAD Y EL LIBRE ALBEDRÍO

Nada escapa a la gravedad del Paraíso, pero Dios nunca impone su atracción al alma. En el plano físico, la gravedad es irresistible; pero en el plano espiritual, la voluntad de la criatura es sagrada. El alma puede elegir resistir o rendirse a la atracción del amor divino. Sin embargo,

incluso en esa libertad, la gravedad espiritual sigue presente, esperando pacientemente que la criatura decida volver al centro.

Cada vez que un ser humano elige el bien, el amor o la verdad, responde, aunque sea un poco, a esa gravedad espiritual del Paraíso. Así, la conversión no es sino una rendición consciente al abrazo divino que desde siempre nos ha estado llamando hacia casa.

5. EL PARAÍSO: EL EQUILIBRIO PERFECTO

La estabilidad del Paraíso es el fundamento del orden cósmico. Nada en él se mueve, y sin embargo de él procede todo movimiento. Su quietud no es ausencia de vida, sino plena realización de la perfección. Si pudiéramos mirar el universo desde la eternidad, veríamos que todas las cosas —las energías, los mundos, los seres— se alejan y regresan en ciclos

interminables, pero nunca se apartan de la gravedad del Paraíso.

Como un corazón inmenso, invisible y silencioso, su poder late en cada rincón de la creación, manteniendo la coherencia, el ritmo y la belleza del Todo.

REFLEXIÓN

En cada persona hay un eco de esa misma gravedad. Cuando buscamos la verdad, cuando sentimos el impulso de amar, cuando deseamos volver a lo que es justo y puro, estamos respondiendo a la atracción espiritual del Paraíso. La fe es la manera en que la criatura se deja atraer sin miedo. La oración es el movimiento interior que la acerca al centro. Y la adoración es el momento en que el alma se entrega completamente al abrazo del Padre.

Al igual que los mundos no pueden huir

de la gravedad física, tampoco los hijos de Dios pueden perder, para siempre, la llamada silenciosa de Su amor, que los atrae hacia el hogar eterno. El Paraíso no solo sostiene los universos con su gravedad física: también mantiene unido el cosmos moral y espiritual mediante la atracción de la verdad, la belleza y la bondad. La misma fuerza que gobierna las estrellas gobierna también los corazones.

En la ciencia del Paraíso se revela una verdad asombrosa: el universo no está unido por mecanismos, sino por voluntad, propósito y amor. La gravedad del Paraíso es el signo eterno de que todo pertenece a Dios, y de que, sin importar la distancia o el tiempo, todo regresará finalmente al centro del ser, donde Dios mora en reposo eterno.

Pero el poder del Paraíso no solo mantiene el cosmos unido: también le da forma.

IV. EL PARAÍSO COMO MODELO ETERNO DE LA CREACIÓN: LA FORMA DIVINA EN TODAS LAS COSAS



El universo no es un caos que se ordenó por casualidad; tampoco es una obra inconexa donde cada cosa existe por sí misma. Detrás de toda forma, de toda ley, de toda belleza, hay un modelo perfecto, una idea divina que sostiene la estructura del Todo. Ese modelo es el Paraíso.

Los Escritos de Urantia enseñan que el Paraíso no solo es el centro de la energía, sino también el molde eterno de toda organización material. Nada en el universo tiene forma o equilibrio que no refleje, de alguna manera, la perfección que irradia desde esa Isla inmóvil en el corazón de la creación.

1. EL PARAÍSO COMO ARQUETIPO DEL ORDEN CÓSMICO

Todo lo que existe tiene su patrón en el Paraíso. Las órbitas de los mundos, las simetrías de los sistemas solares, las proporciones invisibles de la energía, e incluso las geometrías espirituales que sostienen el universo mental, repiten una misma armonía: la del centro eterno.

De la misma manera que una semilla contiene el diseño completo del árbol que será, el Paraíso contiene el diseño del cosmos entero. En él residen los principios de orden, equilibrio y proporción que los universos manifiestan a su manera en el tiempo y el espacio.

Por eso, cuando la ciencia descubre una ley, la mente encuentra una verdad, y el arte revela una forma bella, todos están, en realidad, reconociendo el mismo modelo: la impronta paradisíaca presente en toda realidad.

2. LA BELLEZA COMO HUELLA DEL MODELO DIVINO

La belleza no es un accidente: es el reflejo visible del orden interior que nace del Paraíso. Cada vez que algo resulta hermoso —una flor, un rostro, una sinfonía o un mundo en equilibrio— es porque se ajusta, consciente o inconscientemente, al patrón original.

El Paraíso es la raíz de toda armonía. En él, las proporciones son perfectas porque proceden directamente de la mente divina. Por eso, los *Escritos* dicen que el Paraíso es «*el modelo absoluto y la base física de la realidad espiritual*».

Cuando el alma humana se abre a la belleza, no está simplemente disfrutando de una forma agradable: está reconociendo en su interior el eco del orden paradisiaco, como quien escucha una melodía conocida desde

antes de nacer.

3. EL DISEÑO DESCENDENTE: DEL PARAÍSO A LOS MUNDOS

Desde el nivel inferior del Paraíso fluyen las energías primarias. Esas energías son guiadas por los organizadores mayores de la fuerza, quienes las transforman y las preparan para los directores de la potencia del universo. A través de innumerables etapas, esa energía paradisíaca va descendiendo, organizándose y concretándose, hasta formar los sistemas materiales de los universos del tiempo y del espacio.

En cada fase de ese proceso se conserva el patrón del Paraíso. Nada surge al azar: cada galaxia, cada sistema estelar, cada planeta, y hasta cada átomo, reflejan en su estructura el equilibrio original del centro divino. La ciencia humana apenas empieza a entrever

este principio cuando descubre que las leyes del universo son matemáticamente coherentes. Esa coherencia no se originó sola: es la huella de un diseño eterno.

4. EL MODELO PARADISIACO EN LA VIDA

La vida misma —biológica, mental y espiritual— también se organiza siguiendo el modelo del Paraíso. En lo pequeño, la célula repite el orden universal: núcleo, energía y forma. En lo grande, la mente humana también busca un centro, un equilibrio, una coherencia que refleje ese patrón eterno.

Por eso el alma sufre cuando vive en desorden o contradicción: porque su naturaleza profunda anhela volver al equilibrio paradisiaco. Y se alegra cuando logra armonía, porque en ese instante resuena con el modelo del Creador.

Toda evolución, tanto cósmica como personal, es un proceso de alineación con el patrón del Paraíso: una lenta aproximación al equilibrio, a la proporción, a la belleza de lo divino.

5. EL MODELO EN EL ALMA

Si el Paraíso físico es el centro del universo, el Paraíso interior es el centro de cada criatura consciente. El *modelador del pensamiento* — esa presencia divina que mora en el alma— actúa como un pequeño reflejo del patrón paradisíaco. Así como la Isla eterna organiza la energía cósmica, el modelador organiza la vida interior, buscando que la mente y el espíritu de la persona alcancen la forma divina.

Cuando el alma se aquieta y escucha, empieza a ordenar su mundo interno según ese modelo. La confusión se disipa, las

fuerzas se armonizan, y la vida se vuelve creativa y plena. La paz que se experimenta en esos momentos no viene de afuera: viene de haber encontrado el Paraíso dentro.

REFLEXIÓN

El Paraíso es la plantilla universal sobre la cual Dios dibuja la creación. Nada está fuera de su influencia; todo, en alguna medida, lo refleja. Por eso, cuando contemplamos el orden del cosmos, la belleza de la naturaleza o la armonía de una mente iluminada, estamos viendo el mismo principio actuando en diferentes escalas.

En el Paraíso, ese modelo existe en su perfección absoluta. En nosotros, existe como una promesa y una tarea: volvernos semejantes a esa perfección, dejar que la luz divina modele nuestra mente y nuestro corazón como la

energía paradisiaca modela los universos.

Así, comprender el Paraíso como modelo eterno es descubrir que el universo no es un lugar ajeno ni impersonal, sino una obra de arte viviente donde cada cosa, desde las galaxias hasta un pensamiento noble, lleva inscrita la misma firma: el diseño silencioso del núcleo eterno de Dios.

V. EL PARAÍSO COMO DESTINO DEL ALMA: EL VIAJE ASCENDENTE HACIA EL CENTRO DIVINO



En el corazón de cada ser humano late una pregunta silenciosa: ¿de dónde vengo y hacia dónde voy? *Los Escritos de Urantia* responden con una visión deslumbrante: ***vienes del amor del Padre, y hacia el Padre regresas.***

El viaje del alma no termina con la muerte, ni siquiera con la vida espiritual inicial. La existencia humana es apenas el primer paso de una ascensión interminable, una aventura cósmica que culmina en el encuentro con el Padre Universal en el Paraíso.

Cada experiencia, cada decisión, cada acto de amor, es una huella que nos orienta hacia ese centro eterno.

1. EL DESPERTAR EN LOS MUNDOS DE MORONTIA

Cuando la vida material concluye, el alma despierta en los mundos de morontia, esferas de transición entre lo físico y lo espiritual. Allí continúa el crecimiento que comenzó en la tierra, pero liberado de las limitaciones del cuerpo.

El ser humano ya no es solo materia ni espíritu, sino una síntesis viva: un ser personal morontial, una conciencia que conserva memoria, identidad y propósito. En esos mundos el alma aprende a pensar con claridad, a amar con sabiduría y a servir con alegría.

Es como si la vida terrenal fuera una escuela primaria, y los mundos de morontia, una universidad del alma. Allí, el modelador del pensamiento —la chispa divina interior— se vuelve cada vez más cercano y luminoso, preparando el alma para la fusión eterna con su

presencia divina.

2. LA TRAVESÍA DE LOS UNIVERSOS LOCALES Y LOS SUPRAUNIVERSOS

Cuando el alma se perfecciona en los mundos de morontia, emprende una travesía más vasta: ascender a través de los universos locales y los suprauniversos. Cada nivel representa un paso de expansión de conciencia: comprender más, servir más, amar más.

El alma asciende no por poder, sino por comprensión; no por privilegio, sino por fidelidad al bien. *Los Escritos de Urantia* describen estos universos como escuelas cósmicas: en cada etapa se aprende una faceta de la realidad divina. Allí el alma se ejercita en la cooperación, la adoración y la sabiduría universal.

Es un camino sin retroceso: una evolución ascendente hacia la luz, donde cada conquista

interior acerca al ser a la perfección paradisiaca.

3. HAVONA: EL UNIVERSO CENTRAL DE PERFECCIÓN

Más allá de los suprauniversos se extiende Havona, el universo central que rodea al Paraíso. Es el hogar de mil millones de mundos perfectos, cada uno más luminoso y armonioso que el anterior.

En Havona, las criaturas ascendentes aprenden la adoración perfecta, esa adoración que no pide nada, que simplemente se alegra de amar. Allí, la distancia entre Dios y la criatura se disuelve, y la conciencia se llena de gratitud y de paz.

Los mundos de Havona no son de prueba, sino de plenitud progresiva. El alma ya no lucha por sobrevivir; ahora se deleita en conocer, en servir y en contemplar.

Cada mundo revela un aspecto nuevo del

carácter divino: la verdad, la bondad, la belleza, la justicia, la misericordia y el amor. Cuando el peregrino ha recorrido los circuitos de Havona, está preparado para entrar al Paraíso mismo.

4. EL ENCUENTRO CON EL PADRE UNIVERSAL

Al final de la ascensión, llega el momento sagrado: el alma perfeccionada entra en la Isla eterna del Paraíso, y contempla al Padre cara a cara. No hay palabras humanas que describan esa experiencia. Es el reconocimiento absoluto: el alma se sabe de Dios y en Dios. El amor, que durante eones fue atracción, ahora se convierte en unidad viviente. La criatura y el Creador se funden en una misma voluntad.

Este encuentro no borra el ser personal, sino que lo consagra eternamente. El alma sigue siendo ella misma, pero ahora comparte plenamente la conciencia divina.

Ha alcanzado la meta de todos los anhelos, el reposo en el centro inmóvil del universo, el Paraíso Superior donde todo comenzó.

5. LA CIUDADANÍA ETERNA DEL PARAÍSO

Después del abrazo del Padre, la criatura se convierte en ciudadana del Paraíso. Ya no es un ser en ascenso, sino un ser realizado. Y, sin embargo, la aventura continúa: el servicio eterno en los universos del espacio exterior. Los hijos perfeccionados del tiempo son enviados como embajadores de la Trinidad, portadores de experiencia, sabiduría y amor a las creaciones más jóvenes.

El viaje al Paraíso no termina en el descanso, sino que culmina en el servicio. La eternidad se convierte en expansión sin fin: dar, crear, ayudar, reflejar la perfección alcanzada. Así, el Paraíso no es solo una meta;

es el punto de partida de una nueva etapa: la de colaborar con Dios en la construcción de futuros universos.

6. EL SENTIDO ESPIRITUAL DEL ASCENSO

El ascenso al Paraíso es el símbolo cósmico del camino interior del alma. Cada decisión justa, cada acto de bondad, cada pensamiento de verdad o de belleza, es un paso más hacia ese centro eterno. Mientras vivimos en la tierra, el ascenso ya ha comenzado.

El modelador del pensamiento, la chispa divina en nosotros, es la brújula que siempre apunta al Paraíso. Y cada vez que elegimos amar en lugar de temer, adorar en lugar de dudar, perdonar en lugar de juzgar, seguimos esa dirección interior. El viaje hacia el Paraíso es, en última instancia, el regreso consciente al amor del que nacimos.

REFLEXIÓN

El Paraíso es el principio y el fin, el alfa y la omega del viaje universal. De él proceden las energías que forman los mundos, y hacia él vuelven las almas que se perfeccionan en el tiempo. Cuando el alma humana se funde con su modelador, ha completado el ciclo eterno: la chispa que descendió del centro vuelve al fuego del que surgió.

Este es el destino divino de toda criatura consciente: regresar al corazón inmóvil de Dios, no como una gota que se disuelve en el mar, sino como un ser personal libre que se une al Todo sin perder su identidad.

El Paraíso es, por tanto, la morada final y el punto de reunión de todos los caminos. Allí, la evolución encuentra su sentido, la búsqueda su fin, y el amor su reposo perfecto.

VI. VIVIR DESDE EL CENTRO PARADISIÁCO INMÓVIL DEL ALMA



Durante todo este viaje hemos contemplado el Paraíso como algo inmenso, luminoso, situado en el centro de los universos. Lo hemos reconocido como fuente de energía, modelo de orden, trono de la Deidad y destino de las almas.

Pero hay un misterio aún más grande: ese Paraíso que parece tan lejano también vive dentro de nosotros. El universo exterior refleja una realidad interior. Al igual que los mundos giran alrededor del centro inmóvil del Paraíso, la mente y el corazón del ser humano giran —a veces sin saberlo— alrededor de un centro silencioso: la presencia divina que mora en el alma.

1. EL CENTRO INTERIOR DE QUIETUD

En el fondo de la mente hay un punto de absoluta calma. Allí no hay ruido, ni miedo, ni deseo. Es un espacio sagrado donde el alma puede oír el pulso del universo: la voz suave y firme del modelador del pensamiento, la fracción del Padre que habita en cada criatura.

Ese centro de quietud es el reflejo interior del Paraíso. Como la Isla eterna sostiene la creación desde su inmovilidad, el modelador sostiene tu conciencia desde su silencio. No se mueve, pero de él fluye toda orientación. No habla con palabras, pero su presencia ordena los pensamientos, apacigua las emociones y dirige la vida hacia la luz. Allí, en ese silencio, Dios descansa dentro de ti, esperando que tu mente se aquiete lo suficiente para reconocerlo.

2. EL EQUILIBRIO PARADISIÁCO EN LA VIDA HUMANA

Vivir desde el Paraíso interior es aprender el equilibrio del centro. Es vivir en movimiento, pero sin perder la calma; actuar en el mundo, pero desde un corazón en paz. En el Paraíso nada se agita, y sin embargo todo se origina en él. Así también, cuando el ser humano encuentra su centro interior, su vida se vuelve serena y eficaz. Las fuerzas se ordenan, las decisiones fluyen, y el alma comienza a reflejar la estabilidad divina.

Este equilibrio no se alcanza escapando del mundo, sino integrándolo: trayendo el orden del cielo a la tierra del corazón. El amor se vuelve acción, la fe se vuelve claridad, y la voluntad de Dios se convierte en impulso creador dentro del propio ser.

3. LA GRAVEDAD DEL AMOR

Al igual que la gravedad del Paraíso mantiene unidas las galaxias, el amor divino mantiene unidas las partes del alma. Cuando te sientes dispersa, confundida o dividida, recuerda que existe en ti una gravedad espiritual que te atrae al centro.

Esa fuerza es el amor del Padre. No impone, no empuja; simplemente llama con dulzura. Cada vez que eliges amar, perdonar o confiar, respondes a esa atracción invisible que te acerca a tu origen. El amor es la gravedad del Paraíso actuando dentro del corazón humano.

4. EL PARAÍSO INTERIOR Y EL PARAÍSO ETERNO

El Paraíso interior y el Paraíso eterno no son dos realidades distintas. Son dos modos de presencia del mismo Dios: uno en el corazón del universo, otro en el alma de cada persona.

El viaje ascendente del alma —desde los mundos materiales hasta la Isla eterna— no es un desplazamiento en el espacio, sino una expansión de conciencia.

Cada vez que te acercas a tu centro interior, te acercas también al Paraíso real. Cuando un día contemples al Padre en la Isla eterna, lo reconocerás no como a un extraño, sino como a Aquel que siempre estuvo dentro de ti.

5. VIVIR DESDE EL CENTRO INMÓVIL

Vivir desde el Paraíso interior no significa aislarse, sino actuar desde la paz. Es permitir que cada palabra, cada gesto, cada decisión, nazca de la quietud divina que sostiene la vida. Significa también confiar en el orden mayor: saber que, como los mundos giran sin caerse, tu vida está sostenida por la misma fuerza que

mantiene al universo en equilibrio.

Cuando recuerdas ese centro, la ansiedad se disuelve, el miedo pierde su poder, y la mente se alinea con el propósito del alma. Entonces comienzas a reflejar el modelo del Paraíso en tus actos, en tu modo de amar, en tu manera de servir.

REFLEXIÓN

Cierra los ojos. Imagina el universo de los universos girando en silencio. En el centro, una Isla inmóvil, luminosa y eterna. De ella brotan ríos de energía, corrientes de amor, olas de vida que llenan los espacios infinitos.

Ahora mira dentro de ti. Descubre en tu interior una pequeña isla de paz, inmóvil y luminosa también. De ella brota tu claridad, tu compasión, tu propósito. Ese es tu Paraíso interior, la miniatura viva del

centro de la creación. Si permaneces allí, en ese silencio, descubrirás que todo lo exterior refleja lo interior, y que la distancia entre Dios y tú nunca existió. Solo era cuestión de recordar el camino al centro.

EPÍLOGO



El Paraíso es el punto de partida y el destino de todo lo que existe. Es el modelo del universo, el abrazo de la gravedad, la fuente de energía y el hogar de las almas. Pero también es el centro de cada corazón, el lugar donde Dios espera, silencioso, que lo reconozcamos.

Vivir desde ese centro es vivir en comunión con el Todo, es dejar que la inteligencia silenciosa del universo fluya a través de nuestra vida cotidiana. El Paraíso no está lejos: está en la quietud donde el alma y Dios se encuentran. Y cuando descubrimos eso, el viaje de regreso ya ha comenzado.

En el gran silencio del universo, el Paraíso permanece inmóvil, y en el silencio del alma, Dios espera. Son el mismo centro, visto desde

El Paraíso: La ciencia interior del origen y del destino
dos direcciones.